«No deis las cosas santas a los perros, ni echéis vuestras perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen con sus patas y revolviéndose os despedacen.

Todo lo que queráis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos: Esta es la Ley y los Profetas.

Entrad por la puerta angosta, porque amplia es la puerta y ancho el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la Vida, y qué pocos son los que la encuentran!» (Mateo 7, 6, 12-14)

1º. +La primera advertencia que me haces hoy, Jesús, es que dé a **«las cosas santas»** la importancia que tienen: en concreto, los sacramentos, y -entre éstos- especialmente la Eucaristía.

Que la trate con veneración, pues es tu Cuerpo mismo.

Que no me acostumbre a lo que es santo, y que trate con especial respeto todo lo sagrado: los vasos sagrados, los vestidos sagrados -los ornamentos-, y los lugares sagrados.

Más aún he de tratar con especial respeto a las personas consagradas a Ti: los sacerdotes y religiosos.

+El segundo consejo es conocido como «la regla de oro»: **«Todo lo que queráis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos».**

Es un consejo práctico que procede del mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo.

Sin embargo, no es sencillo de cumplir.

¿Cómo trato de ponerlo por obra con los que están a mi lado?

¿Busco siempre el modo de servir a los demás en pequeños detalles, como me gustaría que hiciesen conmigo?

+El tercer consejo es que para entrar por la puerta y recorrer **«el camino que conduce a la Vida»***,* he de luchar.

La santidad requiere esfuerzo, porque la puerta es **«angosta y el camino estrecho»,** y es fácil desviarse.

Por eso, hoy me puedo preguntar: ¿estoy luchando, de verdad, por ser santo?; ¿me propongo metas de mejora e intento seriamente cumplirlas?; ¿acudo con puntualidad a la dirección espiritual? para concretar los puntos en los que puedo y debo mejorar?

Si no noto la exigencia de la lucha por ser santo, muy posiblemente lo que ocurre es que estoy yendo por la senda ancha que tantos y tantas eligen, pero **«que conduce a la perdición»***.*

2º. «*Has notado con más fuerza la urgencia, la «idea fija» de ser santo; y has acudido a la lucha cotidiana sin vacilaciones, persuadido de que has de cortar valientemente cualquier síntoma de aburguesamiento.*

Luego, mientras hablabas con el Señor en tu oración, has comprendido con mayor claridad que lucha es sinónimo de Amor; y le has pedido un Amor más grande, sin miedo al combate que te espera, porque pelearás por Él, con Él y en Él» (Surco 158).

Jesús, es verdad que el camino de santidad es un camino de lucha, que la puerta es estrecha y el camino a veces se hace cuesta arriba.

Pero cuando me tomo en serio mi vida cristiana, compruebo una vez más que «*lucha es sinónimo de Amor»:* porque me esfuerzo no por un deseo personal de perfeccionismo o por destacar, sino para cumplir tu voluntad, para encontrarte en las más variadas actividades del día, para ser luz que ilumine a mi alrededor.

Jesús, Tú has muerto en la Cruz para que yo pueda ser hijo de Dios, para darme la gracia.

Esa gracia que me hace hijo de Dios, te ha costado mucho: es la perla más valiosa que tengo.

El pecado es echar esa perla a los cerdos, es tirar una cosa santa a los perros.

Ayúdame a no cometer pecados, ni siquiera pequeñas faltas, cortando «*valientemente cualquier síntoma de aburguesamiento.»*

Jesús, quiero ser santo: amarte sobre todas las cosas y amar a los demás como Tú los amas.

Dame «*un Amor más grande»,* para poder pelear cada día por Ti y en Ti.

Esta meditación está tomada de: "Una cita con Dios" de Pablo Cardona. Tiempo ordinario. Ediciones Universidad de Navarra. S. A. Pamplona.